

EL PODER DE LAS IDEAS

ISAIAH BERLIN

EL PODER DE LAS IDEAS

ENSAYOS ESCOGIDOS

Edición de Henry Hardy

Prólogo de Avishai Margalit

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba
y Alejandro Limeres

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *The Power of Ideas (Second Edition)*

- © de «Mi trayectoria intelectual», The Isaiah Berlin Literary Trust y Henry Hardy, 1998
- © de «La búsqueda del estatus», The Isaiah Berlin Literary Trust, 2000
- © del resto de los ensayos, Isaiah Berlin, 1947, 1951, 1953, 1954, 1956, 1960, 1962, 1966, 1968, 1969, 1972, 1975, 1978, 1979, 1995
- © de la edición en inglés, Henry Hardy 2000, 2013
- © del prólogo, Princeton University Press, 2013
- © de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba
- © de la traducción del «Prólogo» y el «Apéndice a la segunda edición», Alejandro Limeres
- © de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: mayo de 2017

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-946557-1-5

Depósito legal: C-582-2017

Para el Wolfson College de Oxford

ÍNDICE

PRÓLOGO, POR AVISHAI MARGALIT	11
INTRODUCCIÓN DEL EDITOR	27
EL PODER DE LAS IDEAS	39
Mi trayectoria intelectual	41
El propósito de la filosofía	77
Los filósofos de la Ilustración	95
Uno de los innovadores más audaces de la historia del pensamiento humano	121
La historia intelectual rusa	145
El hombre que se convirtió en un mito	161
Un revolucionario sin fanatismo	175
El papel de la <i>intelligentsia</i>	197
La libertad	209
La filosofía de Karl Marx	215
El padre del marxismo ruso	233
El realismo en la política	245
Los orígenes de Israel	259

La esclavitud y la emancipación judías	287
El liderazgo de Chaim Weizmann	323
La búsqueda del estatus	337
La esencia del Romanticismo europeo	345
Meinecke y el historicismo	353
Educación general	367
APÉNDICE A LA SEGUNDA EDICIÓN	383
Democracia, comunismo y el individuo	385
Woodrow Wilson y la educación	399
Apuntes sobre el nacionalismo	421
ÍNDICE ONOMÁSTICO	435

PRÓLOGO

EL FILÓSOFO DE LA SENSIBILIDAD

Isaiah Berlin creía que las ideas tienen poder, y que las palabras no son «meras palabras».¹ Las ideas, al menos algunas, son «materia del corazón» y no solo de la mente.

Isaiah Berlin tenía una biografía, no un currículum; de hecho, la suya representa la quintaesencia de las biografías del siglo xx, y nos invita a revalorarla.

El relato habitual de la vida de Berlin, un relato que él mismo contribuyó a promulgar, es el siguiente: hace mucho tiempo —al inicio de su carrera académica—, era un filósofo, un filósofo analítico, comprometido con la idea de que la filosofía plantea preguntas extrañas como «¿Qué es el tiempo?» o «¿Se puede detener el tiempo?». Para resolver, o más bien disolver, estos problemas, uno necesita el análisis conceptual, que va directo al sentido de los términos clave de la cuestión, por ejemplo *tiempo*. Las palabras y su sentido son nuestra guía para comprender estas cuestiones singulares. De hecho, una rama de la filosofía analítica se fundó en la estancia de Berlin en el All Souls College de Oxford, con John Austin como sumo sacerdote.

1. «Palabras, meras palabras, y no materia del corazón», William Shakespeare, *Troilo y Crésida*, acto v, escena III.

Después, según reza la historia, Berlin perdió la ilusión por la idea de dedicar su vida al análisis conceptual, y se movió a un terreno más acorde con su temperamento y sus inquietudes: la historia de las ideas. Este terreno no era reconocido como un campo autónomo dentro del ámbito académico, y Berlin resultó capital para legitimarlo.

En los dos primeros ensayos de esta antología, «Mi trayectoria intelectual» y «El propósito de la filosofía», el autor nos proporciona su propia versión de su desarrollo intelectual, así como su visión de la filosofía y su actitud hacia la misma.

En ocasiones, Berlin expresaba su desvinculación de la filosofía analítica no solo como una elección personal guiada por sus propios gustos, sino también como una oposición general a dicha rama de la filosofía. Recuerdo haber discutido con él esta cuestión: ¿es la filosofía analítica un esfuerzo interminable por afilar cuchillos, pero sin carne que cortar, o bien una disciplina que sigue el consejo de Abraham Lincoln, quien, para talar árboles, recomendaba pasar seis horas afilando el hacha y solo dos talando? Verás, dijo Berlin, ¿acaso el hecho de que planteemos la cuestión recurriendo a símiles no señala lo lejos que estamos de filosofar? No, protesté yo, lo mejor de Wittgenstein, como él mismo reconoce, son sus símiles. Esto vale también para Berlin, y retomaré uno de sus símiles al final de estas líneas.

Sea como fuere, el relato del joven Isaiah, el filósofo analítico, y el viejo Isaiah, el historiador de las ideas, tiene la ventaja de ser directo. Evita presionar a un joven académico en busca de una tesis, forzándole a ver continuidad donde no la hay.

Sin embargo, creo que en este relato falta algo, o hay algo engañoso. Efectivamente, hubo un cambio en el en-

foque de Berlin, pero no se trató de un paso de la filosofía a la historia. El cambio consistió en convertirse en otro tipo de filósofo: de la filosofía centrada en el sentido pasó a la filosofía centrada en la sensibilidad.

En nuestra selección, Berlin aborda lo que él denomina «El propósito de la filosofía». En dicho ensayo, no caracteriza la filosofía analítica directamente en términos de análisis conceptual, sino más bien en términos de las preguntas que la filosofía aborda, algunas de las cuales parecen infantiles: «Cuando veo doble, ¿qué dos cosas hay?». Inmediatamente descubrimos que cualquier esfuerzo por responder a estas cuestiones, a diferencia de lo que ocurre con la cuestiones de hecho como «¿Dónde está mi abrigo?», implica de modo crítico un relato (*análisis*) del sentido de los términos cruciales (conceptos) que utilizamos, como *tiempo*, *mente* o *conocimiento*.

No obstante, Berlin también menciona como ejemplo de pregunta filosófica «¿Son todos los hombres realmente hermanos?». Para responder a dicha pregunta se necesita algo más que el sentido del término *hermano*: es necesaria la sensibilidad.

El sentido de un término tiene que ver con su contribución sistemática a la verdad de las proposiciones en las que aparece. Abordar la sensibilidad significa abordar mínimamente el sentido, y mover el foco hacia los vínculos sistemáticos con las asociaciones emotivas y con las connotaciones históricas y culturales que acompañan al término en cuestión. El análisis de la «sinceridad» y la «autenticidad» por parte de Lionel Trilling y el de la «vergüenza» y la «necesidad» en la Grecia clásica por parte de Bernard Williams son ejemplos notables de aquello a lo que debería parecerse la filosofía basada en la sensibilidad. Dicha filosofía debe sintonizar con la historia

y sus cambios, pero eso no la convierte en historia de las ideas.

La filosofía del sentido se basa en el lenguaje común, en este caso en su variante sincrónica, es decir, en el lenguaje propio de determinado momento histórico. El filósofo que analiza el sentido de términos ingleses no recurre a la historia del lenguaje, del mismo modo que un jugador de ajedrez, para analizar determinada configuración del tablero, no necesita saber cómo se produjo dicha configuración. Sin embargo, para la filosofía de la sensibilidad es importante la dimensión histórica (diacrónica) del lenguaje. La regla general es que existe, por así decirlo, una ley de conservación de connotaciones y asociaciones. Las connotaciones no mueren, tan solo se desvanecen suavemente en el trasfondo.

Isaiah Berlin movió su foco del sentido a la sensibilidad, pero nunca perdió de vista el sentido, ni siquiera en su etapa como «historiador de las ideas». ¿O acaso no se tomó la molestia de explicar detalladamente y defender su celebrada distinción entre los dos sentidos de la libertad: libertad *de* y libertad *para*?

En el primer sentido, el sentido negativo, la libertad es la ausencia de obstáculos a nuestras acciones creados por el hombre. En el segundo, el sentido positivo, somos libres si somos dueños de nuestros objetivos y determinamos nuestro propio destino, de manera que podamos convertirnos en la mejor versión de nosotros mismos cuando alcanzamos dichos objetivos. Berlin creía que existen múltiples objetivos cuya búsqueda nos permite convertirnos en nuestra mejor versión, y que somos nosotros quienes debemos escoger entre ellos. Lo que no podemos elegir es qué parte buena de nosotros hacemos realidad al buscar determinado fin: dicho bien es un subproducto esencial de la búsqueda.